

# EL ENCUENTRO

Por: Lucas Remírez Eguía

## *A los que gustan de encuentros*

El viaje había sido largo y, para colmo de males, se había pasado la salida de autopista que debía haber tomado y tuvo que recorrerse 30 kms. más hasta que pudo dar la vuelta. Ya dentro de la ciudad preguntó un par de veces y por fin, llegó al hotel situado en una céntrica avenida.

Era un hotel moderno y grande. En las fachadas predominaba el mármol. Los cristales de las ventanas, tintados en verde esmeralda, reflejando los rayos solares, daban al conjunto un aspecto majestuoso.

Aparcó el coche en la zona reservada, delante de la puerta principal y pasó a Recepción. Una de las recepcionistas, vestida con blusa blanca, chaquetilla roja y falda negra, desde detrás del mostrador, le dio las buenas tardes.

—¿Viene a la reunión de los huérfanos?

—Sí —dijo el recién llegado.

—Si me deja su documento de identidad, por favor.

Una vez con él en la mano, la recepcionista se encaró con la pantalla del ordenador que tenía delante.

—Sí, aquí está, habitación individual, entrada hoy y salida el domingo.

Estuvo un rato tecleando y al poco, se oyó el sonido de la impresora...

—Si me firma aquí, por favor... Tenga, su habitación es la 537, quinto piso; aquí tiene la tarjeta que le abrirá la puerta y conectará el alumbrado— Después se dirigió a una estantería, tomó una de las innumerables carpetas que allí había, y le dio una.

—Esto es de la organización, ahí encontrará el programa y los diferentes horarios de los actos que se van a celebrar. Que tenga una feliz estancia entre nosotros.

—Gracias —dijo Mundi— y cogiendo su maleta y el traje que llevaba en una funda, se dirigió a tomar uno de los ascensores. Después de pulsar el botón de llamada y esperando que llegara, giró una mirada al hall del hotel. No había apenas movimiento, un par de matrimonios entraban en esos momentos, ellas por delante, ellos detrás arrastrado las maletas de ruedas.

Desde donde estaba, se veía, a través de la puerta abierta, la cafetería.

En la barra había un grupo de hombres hablando entre risas. A simple vista no creyó reconocer a ninguno aunque supuso que estaban allí por lo mismo que él. El ascensor había parado en el 7º piso y siguió bajando. Una especie de sonido de campanilla, avisó que había llegado a la planta baja. Las puertas se abrieron. Una mujer salió del ascensor y Mundi se hizo a un lado pues con la maleta dificultaba el paso.

—Perdone —dijo

Ella cruzó con él una mirada y dijo:

—Gracias —y siguió su camino.

Mundi entró en el ascensor y pulsó el botón de la planta quinta.

Mientras subía y respiraba la leve aroma a perfume, "thé verde", se dijo, que había dejado la dama, pensó que esa cara la había visto antes en algún sitio. Una música ambiental envolvía el habitáculo del ascensor.

Una vez en la habitación y después de hacer un par de llamadas, deshacer las maletas y ducharse, se vistió, se anudó una de las últimas corbatas que le habían regalado sus hijos, se puso la chaqueta y salió de la habitación.

¿Conocería a muchos de los que habían venido?

Era la primera vez que venía a una de esas reuniones anuales que organizaba la Asociación.

El trabajo no le permitía apenas relacionarse con ellos a través de internet. Sabía que había un foro y en cierta ocasión había entrado; pero no conocía a nadie de los que escribían en él, así que optó por leer algunos mensajes y no intervenir... Luego lo dejó y el único contacto que tenía con ellos era a través de las circulares que le mandaba la Asociación de vez en cuando por correo ordinario había mandado su inscripción.

En la cafetería ya no había nadie. El recepcionista le echó una mirada a la tarjeta de identificación que llevaba en la solapa, que había extraído de la carpeta que le habían dado en la recepción y le dijo:

—Caballero, el vino de encuentro es en la primera planta, salón Azalea.

Mundi subió por la escalera y poco a poco le fue llegando el sonido de cientos de conversaciones.

La puerta estaba abierta y al entrar se encontró con un amplio salón en el que, un nutrido número de grupos de personas charlaban, a la vez que degustaban los canapés y bebidas que los camareros iban ofreciendo. Mundi

tomó una copa de espumosa cerveza y, mientras daba el primer sorbo, echó una ojeada a un grupo que había a su derecha compuesto por cuatro hombres y dos mujeres. Creyó reconocer a dos antiguos compañeros.

Cuando se iba acercando, ellos le reconocieron a él. Se abrazaron y le presentaron al resto. Poco a poco, fue encontrándose con más gente conocida hasta que en el bullicio de las conversaciones, alguien vino por detrás de él y le cogió por el brazo. Más que coger fue aprisionar. Mundi notó una mano fuerte que casi le cortó la circulación del brazo.

Cuando se giró, se encontró con un rostro hirsuto, bronceado y con una amplísima sonrisa. El personaje lucía una calva prominente que dejaba ver una piel tostada por el sol. Llevaba un traje de alpaca azul y el botón del cuello de lacamisa desabrochado aunque el nudo de la corbata roja lo disimulaba.

Sin darle tiempo a reaccionar le dijo:

—Joío, Mundi, o estoy muy cambiado y me he hecho muy mayor o te empiezan a fallar las neuronas.

Mundi, apenas pudo decir una palabra:

—¡Nico!

Ambos se fundieron en un abrazo sentido y los dos se vieron despidiéndose hace más de cuarenta años, allá en el Bajo.

—No creas que estoy lloroso del apretón que me has dado, es que esto es muy fuerte y no he podido controlarme. Cuarenta años largos sin vernos y apareces así, de sopetón, como si tal cosa —le dijo Mundi.

—En cuanto te he visto te he reconocido. Estás más gordo que entonces, puñetero, se ve que ya no te hacen falta los chorizos que compartíamos y que mandaba mi madre. Pelo, aunque estés un tanto canoso, tienes, yo, sin embargo, ya ves, los peluqueros no se hacen ricos conmigo.

Se abrazaron otra vez. Juntos fueron recorriendo grupos donde había gente conocida. La reunión cada vez estaba más animada y las voces más subidas de tono hasta el punto de que había veces que las conversaciones se hacían ininteligibles...

Conversaciones entrecruzadas en las que los temas principales eran las anécdotas de los años pasados juntos, entremezcladas con retazos de vidas contados de prisa. Hombres y mujeres entremezclados, reviviendo su niñez y su juventud con más de cuarenta años de retraso.

Mundi y Nico estaban con un grupo de tres antiguos compañeros; Nico estaba contando algo del viaje, cuando interrumpió la perorata mirando por encima del hombro de Mundi y éste no pudo menos que volverse. Por la puerta

acababa de entrar una mujer alta y rubia, vestida impecable con un traje de chaqueta florido en tonos verdes. Llevaba zapatos de estilizados tacones y un trousseau a juego.

Un poco detrás de ella, un hombre también alto, con el pelo de un color pajizo entre cano y rubio y una barba cana muy bien cuidada, la tomó por el brazo mientras miraba en derredor tratando de identificar a alguien conocido. Vestía una chaqueta azul marino y un pantalón gris, unos zapatos negros brillantes y una camisa color salmón con una corbata, que se adivinaba de seda italiana, de color rojo sangre con motas; un pañuelo, haciendo juego con la corbata, le sobresalía del bolsillo izquierdo de la chaqueta.

Nico seguía con la mirada a la pareja que ahora tomaban sendas copas de la bandeja que les ofrecía el camarero.

—¡Joder, joder, joder! —dijo.

—Nico, modérate. La chica está muy bien pero tampoco es como para que se te pongan los ojos en blanco.

—¡Cagüen, la leche, qué mal fisonomista eres puñetero! Yo sólo estuve con vosotros un año y no se me han olvidado vuestras caras aunque hayan pasado tantos años, ¿no sabes quién es?

Mundi se fijó con más atención en el hombre y al poco lo estuvo viendo con las mangas del trapillo vueltas, porque todas las chaquetillas le estaban cortas y era la forma de disimularlo.

—¡Jorge! —dijo Mundi y los dos fueron hacia él.

El otro al oír su nombre se volvió y aunque al principio se le vio un poco desconcertado, pronto se le cambió el semblante y separándose de su compañera, también fue hacia ellos.

Cuando unos amigos se abrazan, después de tiempo sin verse, parece como si con el abrazo quisieran transmitir lo que son incapaces de decir con palabras; pero si el abrazo se produce después de más de cuarenta años, es otra cosa, es como si se tratara de recuperar el afecto de la persona a la que se abraza y darle el nuestro, dar un salto hacia atrás y restablecer lo que entonces fue, como si los años no hubieran pasado, como si le quisiéramos decir: estabas aquí dentro.

Eso es lo que sintieron los tres amigos cuando se abrazaron ante la mirada atenta y atónita de la acompañante de Jorge. Cuando se separaron Jorge les dijo:

—Os presento a Alessandra.

Sin más, sin especificar. La chica les dio un par de besos a cada uno, al

llegar a Nico tuvo que inclinarse un poco.

—A ti te he reconocido enseguida aunque has engordado mucho —dijo Jorge dirigiéndose a Mundi— A ti, Nico, me ha costado un poco más por el pelo, bueno por la falta de pelo.

Iniciaron una animada charla, Nico y Mundi pudieron apreciar que la chica hablaba perfecto castellano pero con un ligero acento.

Al poco alguien dijo:

—¡Vamos pasando al comedor!

El comedor era amplio con mesas de grandes sayales en tonos oro viejo, rodeadas de asientos tapizados en los mismo tonos. Tenían capacidad para diez comensales. El grupo ocupó una mesa y poco después, cuatro chicas más, que venían hablando todas a la vez, tomaron asiento junto a ellos. Se presentaron, eran tres de M<sup>a</sup> Cristina y la cuarta de Virgen de Luján.

En el inicio de las conversaciones descubrieron que dos de ellas eran hermanas de sendos compañeros de colegio suyos. Decidieron que Alessandra se sentara entre ellas. Jorge les dijo a las otras:

—Es italiana, no sabe nada de nuestro mundo pinfanero así que podéis ir poniéndola al día.

Al poco y mientras la gente se iba acomodando, llegaron otras dos chicas. Una de ellas, la que se había cruzado con Mundi al salir del ascensor.

Esta dijo:

—¿Están ocupados estos dos huecos?

—No —dijo Nico— podéis sentaros y los hombres vamos a estar en inferioridad de condiciones total. Como para disputar un postre con vosotras.

Se sentaron y la que había hablado lo hizo al lado de Mundi ya que los dos asientos libres estaban a su lado.

Los camareros habían empezado a servir las bebidas en los vasos, cuando la que se había cruzado con Mundi en el ascensor le dijo:

—¿Tú eres Mundi?

Mundi se quedó mirándola extrañado y dijo.

—Si, ¿nos conocemos?

La chica sonrió.

—Hace muchos años nos conocimos. Antes, durante el vino de encuentro he oído como te llamaban por ese nombre y aunque estás bastante

cambiado he pensado que serias tú aquel Mundi con el que coincidí una tarde en un guateque que organizó mi primo, un aspirino que estudiaba con vosotros. Entonces, tú y tus tres compañeros, ibais con el uniforme del colegio, yo soy África.

Nico estuvo a punto de atragantarse y a Jorge se le escapó un “¡no jodas!” que quiso arreglar con un “perdón”.

## CAPÍTULO II

Las conversaciones en la mesa eran un continuo opinar de tiempos pasados, con multitud de anécdotas y preguntas intercaladas sobre el presente. Diálogos a dos o tres bandas en los que cualquiera intervenía.

Mundi miraba de soslayo a África y a sus amigos cuando alguno de ellos contaba algo; los veía felices y no faltaron anécdotas sobre aquel guateque en el que los cuatro habían coincidido.

Sin embargo, echaba en falta a su otro amigo, al cuarto de la foto, al Beni. Así lo hizo saber, pero no obtuvo ningún tipo de información de ninguno de ellos.

—Vete a saber —dijo Nico— tú eres el que más tiempo estuvo con él.

—Sí, dijo Mundi, pero desde que terminé la carrera no volví a saber nada de él. ¿Te acuerdas de Beni, África?

—Ya lo creo que me acuerdo, en aquel guateque me puso al día de vuestro peculiar vocabulario —dijo ella al tiempo que una carcajada del grupo de chicas llamó su atención y cortó la conversación.

La cena terminó y la verdad es que ninguno de ellos había prestado mucha atención a lo que estaban cenando, embebidos, como estaban, en sus conversaciones.

La gente empezó a levantarse.

—¿Qué tal si nos pegamos unos copazos en algún garito?—dijo Mundi.

—Hecho —contestó Nico.

—¿Venís? — invitó Jorge a África y su amiga.

Estuvieron de acuerdo:

—Vamos con vosotros.

Salieron a la calle y caminaron en grupo, despacio, mientras se sentía el

olor a los tilos que adornaban la avenida donde se levantaba el hotel. En un momento determinado, África se colocó entre Mundi y Nico y los cogió por el brazo. La noche estaba apacible y juntos caminaron un trecho sin decir palabra.

Nico opinó:

—Yo creo que cuando encontremos un lugar majete para abreviar, podíamos aprovechar que el sople desata las lenguas y organizar una especie de terapia de grupo para contarnos nuestras vidas.

—De acuerdo, dijo Jorge—tú, Nico, sigues fiel a ti mismo, si no hablastes así, serías otro. Todavía me acuerdo de la especie de plegarias o preces que nos soltaste en aquel guateque—dijo riéndose África.

—Eran gozos y todavía se siguen cantando en mi pueblo—aclaró Nico.

Sin dejar lugar a la duda, y cogiendo a Alessandra por el brazo empezó a recitar lo que cuarenta años atrás había sido el puntazo de aquel inolvidable guateque.

*Glorioso San Sebastián  
que por el Ebro bajaste  
subidico en un madero  
y en...*

Cuando iba a terminar la estrofa, Mundi dijo:

—Ese sitio tiene buena pinta.

Era un establecimiento, tipo pub inglés, decorado a base de madera. Una barra larga ocupaba la parte izquierda del local, a lo largo de la cual, se alineaban una serie de taburetes altos. Algunos ya estaban ocupados, aunque todavía había huecos.

A la derecha de la barra y en un plano un poco más alto, separado por una barandilla de madera moleada, una zona de mesas, tres estaban ocupadas por un grupo de hombres y mujeres pinfanos que se les habían adelantado.

Decidieron ocupar un par de mesas aunque una vez pedidas las consumiciones, Alexandra y la amiga de África, se fueron a sentarse con el otro grupo en el que estaban las chicas que habían cenado con ellos en la misma mesa.

El local tenía una luz no muy fuerte de tonos ocres que invitaba a la confidencia. Uno de los camareros, desde detrás de la barra, conectó el ordenador desde donde se programaba la música ambiental y “Brown girl in the ring” de Boney M. comenzó a sonar.

Nico dio un sorbo a su gin-tonic, lo paladeó y una vez hubo tragado y mientras daba vueltas a la bebida con un bastoncito de plástico dijo:

—Yo empiezo y seré breve pues esto, si no, se hará interminable. Cuando mi madre me sacó del colegio, mi hermano se encargó de ponerme al día en todo lo relacionado con la explotación de las fincas que teníamos y cuando digo explotación, me refiero al amplio sentido de la palabra, pues me convertí en la mano de obra barata del negocio.

Yo si que puedo decir que empecé desde abajo. Los amaneceres se convirtieron para mí en mis compañeros inseparables y no veáis lo que echaba de menos las empiltras en el dormitorio del CHOE, con su olor a tigre y todo. La verdad es que, los que os levantáis una vez amanecido, os perdéis espectáculos mágicos, porque, cada amanecer en el campo, es irrepetible, diferente a todos los anteriores.

Pasaron los años y nuestras propiedades fueron creciendo. Al poco de hacer la mili murió mi madre y la verdad, entonces, sí que sentí que me quedaba solo.

—No nos damos cuenta hasta que se nos van —dijo Mundi.

Nico, dejó de dar vueltas a la bebida, dio otro trago. Y a los otros les pareció como si el líquido le costara tragarlo.

—Joder, cuando murió mi padre ella tuvo que empezar de cero y supo tirar para adelante cargando con todo a sus espaldas. Mi recuerdo de ella es moviéndose de un lado a otro de la casa, siempre haciendo algo y con un delantal puesto. ¡Ah! y vestida de negro. El luto en aquellos años, en los pueblos perdidos de Aragón, era eterno.

Nico estuvo unos instantes callado, como si estuviera reviviendo esos años.

Al poco continuó:

—Me casé y, al poco tiempo, el mismo día que fui padre por primera vez, a mi hermano le volcó el tractor y le cortó las piernas. Así que tuve que asumir la mayor parte de la responsabilidad en el cultivo de las tierras y el cuidado del ganado.

Más tarde decidimos montar una explotación de cerdos a lo grande y fijaos por donde, empezó a moverse la cuestión de la “Denominación de Origen” de los jamones de Teruel y cogimos el tren a tiempo.

Hizo otra pausa y volvió a beber.

—Tuve tres hijos más, de los cuales, excepto uno, que es el que me ayuda y lleva en realidad la explotación, los otros estudiaron carreras y vienen

al pueblo de vez en cuando. Soy abuelo de cinco nietos, y hace unos años salí en televisión cuando nos manifestamos en la Castellana y echamos dos camiones de estiércol delante de la puerta del Ministerio. El año que viene pienso jubilarme y dedicarme a viajar con mi mujer.

A partir de este año, todas las Navidades, tendréis en vuestra casa un jamón de los de chuparse los dedos, regalo de vuestro amigo Nico. De paso tú,— dijo mirando a Jorge— podrás fardar de jamón en condiciones, no como lo coméis en Italia que están sin curar. Y como me he quedado con la boca seca voy a por otro pelotazo. ¿Queréis algo?

—Tráeme otro,— dijo Jorge— que ahora me toca a mí.

### CAPITULO III

Cuando volvieron a estar sentados y Jorge iba a comenzar, vino Alessandra y tomó un sorbo del vaso de Jorge.

—¡Qué gracioso sois los pínfanos, me lo estoy pasando en grande— dijo, y se volvió con el grupo en el que estaba.

Jorge mirando a sus amigos hizo un gesto como diciendo: “Qué le voy a hacer”. Ahora sonaba: “A diez centímetros de ti” de La Oreja. Cogió con la mano el vaso de whisky y empezó a bambolearlo agitando los cubitos de hielo.

—Cuando me fui del colegio me encontré con que mi madre había decidido volverse a casar. La verdad es que no supe asimilarlo y lo pasé mal. Mi hermana y yo fuimos a vivir a Italia y continuamos estudiando. No aceptaba a mi padrastro, así que en cuanto tuve que decidir la carrera que quería estudiar busqué una que se estudiase lejos de donde vivíamos y me decidí por Biología.

—Eso lo llevabas dentro, tío, todavía me acuerdo de tus experimentos con animales muertos, que por cierto la mayoría te los proporcionaba yo—le cortó Nico.

Jorge asintió, bebió un sorbo y continuó:

—Hacía lo indecible por estar lo menos posible en casa, hasta el punto, que dejaba una o dos asignaturas para septiembre y así tenía la disculpa para pasar sólo quince días de verano en casa. La cuestión es que acabé la carrera y me coloqué en el Acuario de Génova. He recorrido medio mundo de congreso en congreso, he formado parte de programas de investigación y he alcanzado un estatus importante dentro de mi profesión.

Me casé una vez y la cosa no cuajó, así que a los cuatro años me separé

y posteriormente me divorcié. Decidí que el matrimonio no era lo mío y he tenido muchas relaciones, pero todas con carácter temporal, un par de años, tres. No tengo hijos. Hace ocho años conocí a Alessandra.

Jorge desvió la mirada hacia donde estaba la italiana charlando animadamente con otras cuatro pínfanas y que en ese momento se levantaban para bailar al son de “Revolución” de Amaral.

—Le llevo casi veinte años y sin embargo, es con la que me he sentido más identificado. Es azafata y habla un montón de idiomas. Quién sabe, a lo mejor, de aquí a un tiempo recibís una invitación de boda.

Jorge bebió un poco del vaso y se quedó con la mirada fija en las evoluciones de su compañera.

En otro grupo de bailarines había uno que bailaba con la que debía ser su esposa, pero de una forma muy peculiar, como dando saltitos.

—¿Sabéis quién es ese? —dijo Mundi— Estuvo en Padrón conmigo, le llamábamos “el ángel cagón”. Una vez, le tocó hacer de ángel cuando llegó el día de las primeras comuniones. Allá estaba con su túnica y sus alitas, la mar de mono hasta que le vino un apretón, el pobrete se fue de vareta y para que os quiero contar la que se lío. Ahora es un afamado notario.

Los otros rieron.

Uno de los pínfanos vino a sacar a bailar a África. Cuando se quedaron solos, Mundi comentó:

—Ha cambiado mucho, cuando la conocimos me impresionó el brillo de sus ojos, ahora se nota como si los tuviera apagados.

Cuando hubo regresado, y tomado asiento, ella dijo:

—Mundi, sigue tú, yo me quedo para el final.

—Mi vida ha sido bastante más plana que la tuya, —comenzó Mundi mirando a Jorge— cuando salí del colegio me fui al Alto para prepararme para la Academia. La gimnasia no era lo mío y el primer año que fui a examinarme me suspendieron. Desistí, la verdad es que no he llegado a saber nunca si lo de militar lo elegí por vocación o por seguir la tradición. Así que hice Económicas. Cuando terminé, me coloqué en un banco, me casé, y luego decidí montar una asesoría fiscal y de eso he vivido hasta la fecha.

Tengo dos hijos y tres nietos. Mis viajes han sido en plan turístico y en cuanto me jubile me dedicaré, como Nico, a viajar por zonas del mundo que siempre me ha apetecido conocer y que, hasta la fecha, no lo he hecho. Como veis nada extraordinario, pero que queréis que os diga, me siento satisfecho de lo que he vivido y como lo he vivido. A lo mejor, no ha sido lo que imaginaba

sería mi vida cuando estaba en el colegio, pero entonces creía en utopías que la vida me enseñó que son, eso, utopías.

Ya perdonaréis que me haya puesto tan serio, esto por poco se parece a una terapia de grupo de verdad y tampoco se trata de eso. Con tu permiso. Me voy a pegar un bailoteo con tu chica, dentro de nada estoy otra vez con vosotros.

Mundi volvió al poco después de haber bailado un pasodoble con Alexandra.

—Estáis secos, así que voy a por otro pelotazo.

—Te acompaño—dijo, Nico.

—No sé por qué me da que la vida de África nos va impactar. Guarda algo que no capto y ha querido dejarlo para el final.

## CAPITULO IV

Retornaron a la mesa con las bebidas y tomaron asiento.

Alguien había convencido al camarero de que intercalase canciones de un CD que había traído y que no eran otras que canciones de los de antes, de las de sus guateques. Así que empezó a sonar “dime, dime” de Los Ángeles. África bebió de su vaso un sorbo de Coca—cola y después, antes de empezar a hablar, tomó una servilleta de papel y empezó a doblarla cada vez con dobleces más pequeños dando la sensación de que estuviera memorizando lo que iba a decir. Por fin se decidió.

—Bien, sólo quedo yo, bueno, en realidad, quedamos Beni y yo.

África hizo una pausa. Los otros tres la miraron con caras que denotaban que no sabían dónde quería llegar.

—¿Os acordáis de aquel guateque?, allí os conocí a vosotros y a Beni. Enseguida hice buenas migas con él, tenía la facultad de atraer a la gente, a lo mejor por la bondad que transmitía. Después de aquella tarde lo perdí de vista hasta años después. Yo estaba trabajando en unas oficinas de una multinacional que acababa de instalarse en España y él había ido a Madrid, al Ministerio de Educación, pues había sacado unas oposiciones de profesor de Instituto y le habían dado una plaza allí. Salimos juntos unos cuantos días, luego, siempre que podíamos nos veíamos.

Un día vino a animarme a que le acompañase en una aventura. No se cómo se había metido en una ONG y pretendía que le acompañara ese verano.

Lo curioso del caso es que le acompañé.

Esa era la capacidad de seducción de Benito y fue el comienzo de un periplo que nos llevó a recorrer el mundo pero viéndole la parte fea, la que, para muchos, pasa desapercibida o no quieren darse por enterados, la que no se enseña, la parte de los desarraigados de sus hogares, la de millones de personas que huyen con lo puesto y llevan años viviendo en asentamientos a merced de lo que se les quiera ayudar.

Estuvimos en el Sahara, en Serbia cuando el conflicto de los Balcanes y sobre todo en Sudamérica. Benito era feliz; por una parte, hacía lo que consideraba era su obligación, tratando de ayudar a toda esa gente y sobre todo, veía realizado su sueño de irse lejos, rompiendo con el trauma que tenía de sus años internado, de colegio en colegio, sin casa, teniendo como única válvula de escape, el tiempo que pasaba en Santa Cruz en los veranos.

Odiaba las ataduras y por eso no quiso que nos casáramos.

—De eso puedo yo dar fe que veraneé con él en Santa Cruz y sé lo que sufría por su situación dijo Mundi .

—Hace diez años nos mandaron a Colombia. Para entonces trabajábamos en ACNUR. Allí se estaba produciendo una gran emigración interior a causa de la guerra entre las fuerzas gubernamentales, las paramilitares y la guerrilla Fuimos como asesores de las ONGs que actuaban en la zona. Un día, nos llegó el aviso de que no transitáramos durante unos días por las carreteras próxima. Los avisos no iban con Benito, decía que a él le conocía todo el mundo y no le iba a pasar nada.

Salió conduciendo el coche de la Organización y no volvió. Al cabo de cuatro días encontraron su cuerpo en una cuneta. Estaba acribillado a balazos. Según nos dijeron, una partida de niños soldado había estado operando por la zona. Así se fue Benito, como le gustó vivir, sin ataduras, ni prohibiciones. Yo continúo en la tarea, es lo que él hubiese querido que hiciera.

Esta es la historia de Benito, el Beni, como le llamabais vosotros y la mía. No os lo quise decir antes para no amargaros la cena. Ahora estoy en Madrid para resolver unos asuntos burocráticos, la semana que viene me vuelvo a Ginebra y luego Dios dirá.

Lo había relatado todo seguido, con el mismo tono, como si se lo hubiera aprendido de memoria, excepto cuando narró la muerte de Benito, entonces hizo una pausa y continuó con una voz que casi de forma imperceptible se adivinaba afectada, un tanto rota.

Los otros habían permanecido atentos, expectantes asimilando lo que contaba, fijando en su mente la vida y muerte de su amigo. Nico, cuando África terminó, estaba tenso, probablemente recordando las ocasiones en que tuvo

que acudir en ayuda de su amigo, como guardaespaldas particular, para sacarle de los problemas en que se metía. Nadie rompía el silencio hasta que ella consciente de lo que pasaba por sus mentes, dijo mientras levantaba su copa:

—Por él, por Benito.

Los tres le imitaron.

—Por el Beni—dijeron.

Antes de beber se oyó a Nico musitar:

—Puñetero, Beni.

Patty Pravo sonaba con la “Bámbola” . Mundi recorrió con la mirada a sus amigos y tuvo la sensación de que todo estaba en silencio a pesar del bullicio que reinaba en el bar. Cinco historias, cinco vidas, pensó, qué cinco vidas expuestas de forma esquemática y cruda; tan distintas entre sí, aunque todas con la misma línea de salida, aquellos colegios. Somos gente con suerte, a pesar de todo, hemos podido contárnoslas después de cuarenta años y somos agraciados. ¿Cuántos Benis habrá entre aquellos huérfanos que pasamos por aquellos colegio? ¿Cuántas vidas fracasadas? ¿Cuántas luchas por salir adelante y cuantas derrotas? Todos con ilusiones, a unos, la suerte les sonrió y a otros, el destino les jugó una mala pasada, aunque, muchos tenían más méritos que nosotros y eran mejores, ¿qué hubiera pasado si Beni no hubiera salido aquel día a la carretera?

De pronto volvió de su ensimismamiento y el bullicio del ambiente le envolvió. Miró en derredor. Allí estaban, unos hablando, otros bailando, riendo, recordando. Después de muchos años se habían vuelto a encontrar y todos habían vuelto, aunque sólo fuera por un par de días, a aquellos años de infancia y juventud, a aquellos años de colegios, aquellos años de hermanamiento, de sufrimiento en común y de alegrías compartidas.

Allí estaba su gente, sus amigos, a muchos de los cuales había conocido esa misma noche, hermanos, al fin y al cabo y se los imaginó 40 años atrás, a ellos y a ellas, corriendo por aquellos patios, sentados en aquellos pupitres, con sus trapillos y sus babis, cantando, riendo, llorando, riñendo, soñando.

La habitación estaba únicamente iluminada por el tenue resplandor de los números del despertador digital. Cuando, en el espacio reservado a los segundos, apareció el guarismo 00, comenzó a sonar un zumbido intermitente que, poco a poco, fue adquiriendo más intensidad. Una mano tentó la mesilla hasta que dio con el interruptor del despertador y el zumbido se silenció. Al poco, el hombre se incorporó en la cama sin encender la luz, se puso el batín y las zapatillas y salió de la habitación entornando la puerta. Entró en el baño y se miró en el espejo. Mundi chascó la lengua, tenía la boca pastosa y los ojos hinchados. Se desnudó y se metió en la ducha.

El agua fría le fue despejando. Luego se afeitó y en albornoz, fue a la cocina y se preparó un café bien cargado. De vuelta a la habitación se cruzó con su mujer que salía envuelta en una bata.

—Buenos días —le dijo— ¿has dormido bien?

—Bueno... —dijo Mundi.

—Has dado muchas vueltas en la cama. Tienes que tomar menos café después de cenar.

Se vistió y con la chaqueta en el brazo fue a su despacho...

Sobre la mesa estaba el correo del día anterior. Entre varias cartas de bancos, estaba una que era la última que había leído antes de acostarse.

Llevaba el membrete de la Asociación y le participaban la celebración, mes y medio más tarde, de una reunión de pínfanos. Debía contestar a qué actos asistiría y si deseaba que le reservaran hotel.

—¡Ya tienes el café, sal a tomártelo o se te enfriará!— le gritó su mujer .

Mundi tomó su atache y fue hacia la cocina.

De pie, tomó la taza de humeante café, que estaba sobre la mesa y dio un sorbo. Mirando a su mujer, que untaba una rebanada de pan con mermelada de naranja amarga, le dijo:

—Oye, te voy a hacer dos preguntas y contéstame con sinceridad. ¿Tú me ves muy cambiado en relación a cuando me conociste? En concreto, ¿estoy muy gordo?

Ella le miró extrañada y dijo:

—Hombre, cambiado estás, como todos hemos cambiado, y en cuanto a la gordura, no eres ninguna sílfide, pero no es para tanto, aunque de michelines no andas mal... ¿Y la otra pregunta?

Mundi apuró el café que le quedaba de un trago y dijo:

—¿Tú crees en los sueños premonitorios?

La mujer se quedó callada unos instantes y mirando a su marido como no sabiendo qué contestar, le dijo:

—¿Tú crees que es una pregunta para hacer a las siete y media de la mañana?

Y sin más dio un bocado a la rebanada.

Mundi se puso la chaqueta, se despidió y salió de casa. Ya en la calle, el bullicio del tráfico le aturdió un poco. Cuando había recorrido unos metros

de la acera, se dio cuenta que se había dejado el móvil cargando.

Volvió sobre sus pasos y entró en el portal. Vivía en un bloque de pisos. Pulsó el botón de llamada, el ascensor iba bajando y se detuvo en el 7º piso. Poco después reanudó el descenso y al poco, la campanilla anunció la llegada a la planta baja. Las puertas se abrieron y una mujer salió de él. Mundi tuvo que retirar el maletín que había dejado en el suelo.

—Perdón —dijo.

Gracias —contestó ella.

La cara no le sonaba de nada. Mundi entró en el ascensor. Olía a té verde. Se vio reflejado en el espejo y esbozó una sonrisa. Esta mañana sin falta contestaría a los de la Asociación.